

Ricardo Salvatore,
*Wandering Paysanos: State Order and Subaltern Experience in Buenos Aires
During the Rosas Era*,
Durham, North Carolina, Duke University Press, 2003, 804 páginas

Este libro, cuyo título podría traducirse como “Los ‘paysanos’ errantes: orden estatal y experiencia subalterna en la Buenos Aires rosista”, condensa un trabajo de investigación de muchos años de esfuerzo, y que tendrá un indudable impacto sobre nuestra visión de la historia social y política argentina de la primera mitad del siglo XIX. Por decirlo en resumidas palabras, después de la publicación de este libro, ha dejado de ser legítimo el lamento por la imposibilidad de estudiar los orígenes de los sectores trabajadores de la Argentina o el mundo de la cultura popular, debido a la escasez de fuentes. Ricardo Salvatore ha realizado la hazaña de producir una suerte de versión argentina de la “Formación de la clase obrera inglesa”, y lo ha hecho sobre la base de una investigación cuya minuciosidad y extensión resulta asombrosa. Su libro presenta una serie de argumentos novedosos (todos ellos ilustrados por abundantes ejemplos concretos) acerca de la relación entre el Estado y los sectores “subalternos” de la sociedad; acerca de la construcción de la propia identidad de esos sectores –efectuado en los intersticios de su propia agencia y la presión de un Estado disciplinador como supo serlo el rosista– y acerca de la relación entablada

por ellos con las instituciones del mercado, del Estado y de la cultura de la época. A través de su interpretación histórica, *Wandering Paysanos* nos presenta una *summa* de la experiencia vital de los sectores marginales, carenciados y oprimidos de la sociedad bonaerense de la primera mitad del siglo XIX. La experiencia del trabajo, de la política, de la guerra, de las migraciones, de las fiestas y del castigo son sólo algunas de las dimensiones de la vida de los habitantes pobres de la campaña abordadas en éstas páginas. Más aun, pese a la disculpa de Salvatore en su “introducción” por no concederle tanta atención a otros sectores subordinados de la sociedad –por ejemplo, las mujeres, los negros, los indios– como la que le concede a los “paisanos” o “gauchos”, el lector atento descubrirá que, de todos modos, aunque no sea más que a través de pequeñas viñetas puntuales, tampoco ellos están ausentes de este libro.

Si *Wandering Paysanos* se propuso, como meta primordial, reescribir la historia de las clases populares de la primera mitad del siglo XIX, no por ello ha dejado de ofrecer una nueva interpretación del fenómeno del “rosismo”. Mucho más sutil en sus análisis que otros estudios del período –como por ejemplo aquellos trabajos de historia agraria que

sólo ven en el rosismo un movimiento de reivindicación de los sectores populares en contra de la élite de la época–, no sólo analiza con gran precisión los mecanismos de disciplinamiento que informaron gran parte de la política rosista concerniente a los sectores populares, sino que al mismo tiempo recupera una dimensión ignorada por el grueso de la historiografía, aquella de las expectativas que esos propios sectores depositaban en ese régimen. Por ejemplo, en la fascinante discusión acerca del conflicto entablado en torno de la regulación en 1834 del Mercado de Abasto, donde invoca para su interpretación (correctamente, a mi juicio) la noción de un “liberalismo popular” –una clave interpretativa que desde hace varios años ha venido renovando nuestra visión de la historia política y social mexicana durante su tan convulsionado siglo XIX–. Allí aparece representado de un modo contundente el conflicto entre las aspiraciones de los peones-vendedores y aquéllas de un Estado que, sin ser expresión de los intereses de clase de los terratenientes, sin embargo coincidía con ellos en cuanto a su deseo de establecer un orden social y económico más rígido y menos maleable que el que se había desarrollado en las Pampas. El

Estado rosista que emerge de ésta y otras discusiones –acerca de las fiestas públicas, acerca de la política militar del régimen o acerca del rol jugado por la ley y sus cambiantes definiciones del delito– es mucho más complejo, contradictorio y –por decirlo en términos un poco brutales– creíble que en otras interpretaciones del mismo. En este sentido, además de constituir un aporte decisivo al campo de la historia social o sociocultural de la Argentina decimonónica, además de colmar un vacío evidente, este libro se inscribe también, a mi juicio, dentro de la serie de libros que desde la década de 1980 en adelante han renovado nuestra visión de la historia política del siglo XIX. A pesar de su explícita inscripción en el campo de la historia social y cultural, “hace familia” con los mejores estudios dedicados a reexaminar nuestros presupuestos acerca de las instituciones políticas y los engranajes del poder en los diversos regímenes del siglo XIX: libros como los de Marcela Ternavasio, Pilar González, Hilda Sabato, Beatriz Bragoni, Paula Alonso, para mencionar sólo algunos de los más destacados.

En cuanto a la estructura del libro, que evidentemente ha debido ser muy deliberadamente planificada para poder dar cuenta no sólo de la enorme masa de material documental que abarca sino también de la variedad de temas y problemáticas, señalaré simplemente que cada capítulo está organizado no sólo en función del propio tema, sino también en función de una discusión con una o diversas

interpretaciones anteriores, y de un dispositivo teórico aplicable al tema tratado. Es decir, cada capítulo posee una fuerza argumentativa propia, podría leerse por separado sin perder el rigor de su construcción narrativa, y sin embargo, al acompañar cada uno de los demás capítulos, elabora, teje, un argumento por fuerza de acumulación de perspectivas de análisis, de dimensiones de la experiencia popular estudiada, de tomas de posición frente a la sin duda vasta bibliografía anterior dedicada al período rosista y al rosismo.

La estructura de *Wandering Paysanos* es su fuerza pero es también –al menos en un aspecto– su debilidad. Desde el punto de vista del trabajo propiamente histórico, es decir, de la reconstrucción e interpretación de los hechos y experiencias del pasado, esa estructura es su fuerza: nos ofrece un panorama complejo, sin concesiones a las simplificaciones ideológicas, atento a los detalles y a la inevitable contradicción que habita toda experiencia humana. Pero desde la perspectiva de la coherencia teórica (que es, por supuesto, el pecado capital en el cual todos los historiadores corren el riesgo de incurrir) el efecto de esa estructura desfavorece al libro. En dos de sus aspectos el aparato teórico empleado por Salvatore muestra fisuras importantes, aunque menores: en la coordinación y la fusión de herramientas teóricas provenientes de distintas tradiciones ideológicas y disciplinares; y en el forzamiento (pocas veces, por cierto) de su instrumental teórico como consecuencia del

sesgo general que preside su interpretación teórica, aquélla de los “estudios subalternos”. “Para muestra sirve un botón”, como gustaban decir nuestros mayores. Cuando Salvatore invoca a Bourdieu en el capítulo 4 –dedicado a examinar la función sociocultural y “clasificatoria” del gusto en la vestimenta–, invierte el sentido original del marco teórico desarrollado por el gran sociólogo francés en la obra que aquí aparece citada, *La distinction*. Mientras que para el Bourdieu de esa etapa (y también de las posteriores, aunque con matices cada vez más enfáticos que tendían a morigerar las rigideces de su esquema funcional-estructuralista original) el gusto era aquello que *nos clasifica*, que *nos coloca* en una posición específica dentro del campo social, que “*nos habla*”, el análisis del gusto realizado por Salvatore (y la lectura de Bourdieu que la acompaña) traslada la capacidad de determinación de la estructura al sujeto, de la posición en el campo y los *habitus* que cada trayectoria genera al actor social. En la interpretación de Salvatore, el gusto es utilizado por los paisanos (y otros actores sociales) para *clasificarse*. En un caso hay una determinación funcional-estructuralista, en el otro agencia. De este modo, se pierde la pieza clave del aporte bourdieano a la sociología del gusto.

Esta lectura de Bourdieu no es casual. Si bien deriva en parte de la lectura distorsionada del pensador francés que ha hecho gran parte de la academia norteamericana (una lectura que ha buscado

integrarlo, mediante un forzamiento ilegítimo de sus argumentos, al armazón ecléctico y teóricamente aplanado del débil pensamiento “pos” de las facultades estadounidenses –“posestructuralista”, “posmoderno”, “poscolonial”, y aun “poseurocéntrico y posracional”), su incidencia aquí responde de un modo aun más inmediato a la presencia dominante que en este estudio se ha acordado a la “perspectiva subalternista”. La adscripción de este libro a la corriente de estudios subalternos constituye, sin dudas, su mayor debilidad. Esta corriente –nacida en la India entre fines de la década de 1970 y mediados de la de 1980, como resultado de la confluencia entre corrientes de raigambre marxista (y en especial de las gramscianas que le sugirieron su actual *nom-de-guerre*), otras posestructuralistas y otras autóctonas (como se ve en la recuperación de elementos del nacionalismo gandhiano o de aspectos del pensamiento místico-religioso hindú en algunos de sus autores)– ha ejercido una gran influencia en los centros académicos anglosajones, y en especial en los norteamericanos, a partir de la década de 1990. Autores como Ranajit Guha, Deepesh Chakrabarty, Sanjay Subrahmanyam, Gyan Prakash, Gayatri Chakravorty Spivak, y otros, han contribuido a la elaboración de una historiografía india con una voz propia, un estilo de análisis y un temario de problemáticas claramente distinguidos de los de otras historiografías del mundo angloparlante. Su

principal empeño ha sido la elaboración de un discurso poscolonial sobre la base de una recuperación de las voces de los “subalternos”, es decir, de los sectores sometidos a la dominación de las élites –coloniales y poscoloniales– de Asia del sur. En el contexto de la India, ello ha implicado un trabajo de investigación centrado, por una parte, en la exploración de sectores sociales dominados y/o marginales como aquel de los “dalit” –los mal-llamados “intocables”–, de los pueblos denominados “tribales” tanto por las autoridades del Raj como por aquéllas de la República moderna, y, por otra parte, en una revisión del relato histórico que a partir de la Independencia (1947) se ha constituido en hegemónico, mediante el señalamiento de las fisuras provocadas en el mismo por la presencia silenciada de la cultura tradicional, no-occidental, de la India. Dicho en términos muy sucintos, el proyecto posmarxista elaborado por Ranajit Guha y sus colegas en la serie de los *Subaltern Studies* ha consistido en el esfuerzo por reinterpretar los relatos históricos dominantes –de élite y coloniales– a partir de una recuperación de la experiencia histórica de los dominados –los “subalternos” y los colonizados–. Su presupuesto central ha sido que los “subalternos” –los sectores populares, las mujeres, las minorías étnicas y religiosas– poseen una capacidad de “agencia” propia: es decir, que los dominados han sido no sólo capaces de resistir a la dominación, sino, además, de ejercer un papel determinante en la producción del orden

social colonial y poscolonial de la India.

Como se apreciará inmediatamente, fuera del contexto de la India –donde su contribución a la renovación de una historiografía fascinante y compleja ha sido indudable¹ y de la cultura universitaria norteamericana –donde la hegemonía liberal-conservadora ha mantenido al “*scholarship*” marxista relegado casi siempre a los márgenes del campo, llegando desde la década de 1980 en adelante incluso a borrar la memoria de esa tradición intelectual–, la novedad prometida por los “estudios subalternos” resulta bastante menos novedosa de lo que a primera vista se haya podido esperar. Sospecho que son pocos los lectores argentinos que no sienten, al leer los argumentos “subalternistas”, que “este ruido me es familiar”. El proyecto de recuperación de la “voz de los oprimidos” –vehiculizado hace muchas décadas a través del discurso de los Franz Fanones y Paulo Freires del “tercermundismo” revolucionario– ha tenido más de un epígono vernáculo; la “fusión de los horizontes” del nacionalismo y del pensamiento marxista tampoco constituye ninguna innovación

¹ Una instancia magistral de esta capacidad de renovación aparece en la obra de Sanjay Subrahmanyam, por ejemplo en su libro *Penumbra Visions. Making Politics in Early Modern South India* (Oxford, 2001, New Delhi), que revisa exitosamente tanto la historiografía tradicional –inglesa e india– sobre el período Mughal, cuanto aquella sobre la penetración colonial portuguesa en el subcontinente hindú.

en nuestro medio; y la propuesta, finalmente, de una historiografía elaborada enteramente a contrapelo de los relatos “dominantes” u “oficiales” de la élite también ha engendrado ríos de tinta en nuestras playas. La mezcla de esos tres proyectos político-culturales en uno solo tiene, además, entre nosotros, en lo que se refiere a las corrientes historiográficas, un nombre muy preciso: revisionismo histórico, o, si se quiere, revisionismo histórico de izquierda –vinculado con el “peronismo revolucionario” de las décadas de 1960 y 1970–. En síntesis, el subalternismo –sea como marco interpretativo, sea como “caja de herramientas teóricas”– tiene muy poco que ofrecerle a la historiografía argentina contemporánea.

Si bien es muy cuidadoso Salvatore cuando marca cierta distancia frente a diversos aspectos de esta corriente; si bien reconoce que un marco de interpretación desarrollado para dar cuenta, fundamentalmente, de una sociedad no europea como lo es la india puede no ser enteramente aplicable al estudio de la realidad histórica argentina; si bien sostiene que su estudio, además de *aplicar* las categorías del análisis subalternista al estudio de las clases populares de la era rosista, buscará *questionar* –a la luz de la evidencia histórica– la pertinencia de las mismas, el resultado final es que estas categorías “interfieren” una y otra vez los análisis puntuales –siempre escrupulosamente atentos a sus fuentes documentales– que

informan los micro-relatos que estructuran su libro. La marca de los estudios subalternos resulta omnipresente en *Wandering Paysanos*, sin que contribuya nada al mismo. Por el contrario, desvirtúa –o amenaza con hacerlo, al menos– los sólidos logros, las nuevas interpretaciones, de esta historia de los sectores populares rioplatenses de la primera mitad del siglo XIX, tan hábilmente elaborada por Salvatore. Sería deseable que –al elaborar la traducción al castellano de su estudio– liberara los resultados del mismo de ese *corsé* demasiado ajustado que podría terminar por asfixiarlos.

Jorge Myers,
UNQ / CONICET